



Alberto Garín



Tomás Pérez Vejo

Una entrevista de **Alberto Garín**

Este texto, reproduce, editada, para Cuadernos FAES la entrevista que Alberto Garín ha mantenido con Tomás Pérez Vejo, uno de los grandes investigadores de los procesos de construcción nacional en el mundo hispánico. En la misma, los dos historiadores conversan sobre las claves que inciden en el relato de la construcción del Estado nación en México, un asunto con visiones encontradas y poliédricas que muchos españoles desconocen y que está en la base de algunos recientes desencuentros políticos.

Tomás Pérez Vejo:

“En su imaginario **nacionalista**, México **nace** en la época prehispánica, **muere** con la conquista y **resucita** con la independencia”

TOMÁS PÉREZ VEJO

Doctor en Geografía e Historia por la Universidad Complutense de Madrid. Es profesor-investigador en el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México (INAH). Su último libro es *México, la nación doliente*.

ALBERTO GARÍN

Licenciado en Historia del Arte y Arqueología por la Universidad de París I y doctor en Arquitectura por la Universidad Europea de Madrid. Director del programa de doctorado de la Universidad Francisco Marroquín (Guatemala).

- **Alberto Garín.** Tenemos hoy el gusto y el privilegio de entrevistar en *Cuadernos de Pensamiento Político FAES* al profesor Tomás Pérez Vejo. Para aquellos que no lo conozcan, lo cual sería raro si son aficionados o estudiosos de la historia de España y de América, porque es un referente obligado, el doctor Pérez Vejo nació en la localidad cántabra de Caloca, en el límite donde Cantabria toca ya con la montaña palentina. Allá, por 1954, cursó estudios de Historia, Historia del Arte y Periodismo hasta doctorarse en la universidad Complutense de Madrid en 1996.

El profesor Pérez Vejo ha pasado buena parte de su trayectoria profesional trabajando en México. Sin embargo, lo más importante es que el hecho de estar en México no le ha impedido conocer al detalle la historia de España, sobre todo porque es imposible ser historiador en México sin dominar la historia de España. Y probablemente ha demostrado que es muy difícil hablar de la historia de España, sobre todo desde la final de la Edad Media hasta la actualidad, sin conocer la historia de México o la historia de América en general. De modo que la primera pregunta parece obligada, ¿por qué Tomás Pérez Vejo decidió un día marcharse a México, donde sigue trabajando hoy en el INAH, el Instituto Nacional de Antropología e Historia?, ¿por qué decidió marcharse a México con esa formación de historiador?

- **Tomás Pérez Vejo.** Encantado de saludarte y de conversar contigo, Alberto. Esta es una pregunta que yo me he hecho muchas veces. Entonces no sé si he conseguido contestártela. La verdad es que fue un asunto en parte coyuntural; es decir, en principio yo me vine a México con un proyecto de investigación de un año. Me interesaba mucho conocer el proceso de construcción de la nación mexicana, porque me parecía especialmente contradictorio y complejo.

Llegué a México y me encontré con que este era un campo prácticamente virgen. Es decir, nadie en México se había planteado este asunto. Quiero aclarar que México es una sociedad profundamente nacionalista. El nacionalismo impregna toda la vida mexicana y, por lo tanto, muy pocas personas se habían planteado en ese momento por qué los mexicanos se creían mexicanos y, además, se lo creían de una forma muy particular. Porque ellos se creen mexicanos descendientes de las antiguas civilizaciones prehispánicas. Entonces, digamos que el campo era tan amplio que fui prolongando mi estancia. Siempre le decía a todo el mundo que el año que viene me regreso a Madrid. Y, claro, a los cinco años, como ya parecía que no, pues decidí dejar de decir que me regresaba a Madrid y me quedé en México, y aquí sigo. Llevo ya veintitantos años en este país.

La primera vez que en un congreso en México hablé de que la Guerra de Independencia había sido una guerra civil, prácticamente me echaron del Congreso. Veinte años más tarde es un término absolutamente asumido por la historiografía mexicana

- **Alberto Garín.** Bueno, tu experiencia no se aleja mucho

de la mía. A mí me ocurrió lo mismo. Yo me fui a Guatemala en 1998 por seis meses y veintiséis años después sigo allí. Entonces entiendo perfectamente esa sensación inicial 'del año que viene me regreso' hasta que el país te ha conquistado por completo y ya no puedes regresar. Pero fíjate que cuando yo llegué a Guatemala, en ese 1998, tuve una sensación parecida a la que acabas de comentar: esa especie de desconocimiento del origen de la historia nacional. En mi caso de Guatemala, el tuyo de México. ¿Hasta qué punto son conscientes los académicos en México de esas lagunas que puedan tener del conocimiento real, ya de partida, de la estructura política que llegó de Europa a finales del siglo XV, y en el caso de México ya para comienzos del siglo XVI?

Porque en el caso de Guatemala hay un desconocimiento total de todo el proceso histórico previo que se vive en España. Hay un proceso de reconquista de la península ibérica que establece un montón de fórmulas sobre cómo ocupar un territorio ya poblado que se trasladó a América, y yo tuve la sensación de que en Guatemala se desconocía por completo y de que –no quiero decir menos mal o malvadamente– llegó Pedro Alvarado e impuso un sistema político que fue completamente nuevo y exclusivo para supuestamente destruir la vida de los guatemaltecos. No sé si tú tuviste esa misma sensación en México.

O'Gorman, un historiador muy interesante, mantiene en algún momento de sus escritos que 'la conquista la hicieron los indios y la independencia la hicieron los españoles'. Me parece una frase que hay que tomársela muy en serio

- **Tomás Pérez Vejo.** México es un poco distinto porque la historiografía mexicana es una historiografía muy rica. Supongo que simplemente esto es debido al tamaño, a la riqueza y a la tradición cultural del país, ya que la mexicana es una historiografía más rica que la guatemalteca. Entonces digamos que sí, que hay un conocimiento desde el punto de vista académico relativamente importante; pero sí, es curioso esto que cuentas de que hay un conocimiento importante desde el momento de la conquista, aunque no de la España anterior.

Y es cierto esto que dices. Por ejemplo, hace unos pocos años hubo una especie de conflicto porque el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM –la gran universidad mexicana– contrató a un investigador de la Edad Media. Entonces hubo muchos que dijeron, pero bueno, ¿cómo vamos a contratar a un historiador de la Edad Media? El argumento de la persona que decidió contratarlo –a quien yo aprecio mucho– fue que, en realidad, muchas de las instituciones que se instauraron en la Nueva España no se entendían si no se tenía en cuenta lo que había ocurrido en la Edad Media ibérica. Este es un argumento importante; así que sí que es llamativo lo que cuentas, que en realidad ese mundo europeo anterior al momento de la conquista parece siempre como un mundo extraño y ajeno al mundo americano.

- **Alberto Garin.** Con todo, no sé si eres consciente de la repercusión de tus trabajos. Y esto que te voy a contar probablemente te resulte simpático. En la actualidad yo dirijo el programa de doctorado en mi universidad, la Francisco Marroquín de Guatemala, como responsable administrativo y además me toca

dirigir algunas tesis doctorales. Y cada vez que tengo tesis en historia las referencias a Pérez Vejo son constantes. Entonces, en Guatemala te has convertido en un ídolo en el mundo de la historia. Todo el mundo quiere consultar tus publicaciones. Para los que están leyendo esta entrevista, que sepan que el doctor Tomás Pérez Vejo lleva veintitantos años de exitosísimas publicaciones. Y no sé si eres consciente de que has recuperado un montón de conceptos que, entre comillas, eran ajenos a la historiografía tradicional hispanoamericana, comenzando por el de monarquía católica y lo que supone esta monarquía como esa entidad heterogénea con una composición que no se comprende inmediatamente.

- **Tomás Pérez Vejo.** Bueno, muchas gracias por lo que dices. La verdad es que soy consciente en parte, por ejemplo, con el uso del concepto de monarquía católica, que creo es un concepto importante. Ahora lo cuento casi como anécdota, pero es significativa. La primera vez que en un congreso en México hablé de que la Guerra de Independencia de México había sido una guerra civil, prácticamente me echaron del Congreso. Bueno, no me llegaron a echar porque los mexicanos son muy educados, pero desde luego se generó una situación de tensión que se palpaba en el ambiente. Y es curioso, porque veinte años más tarde es un término absolutamente asumido por la historiografía mexicana, sin referirse a mí. Es decir, ya nadie recuerda el que yo fuese quien planteara esta idea, que por otra parte tampoco es que sea estrictamente mía, porque otros historiadores ya la habían planteado, pero yo sí insistí mucho en ella. Así que es curioso cómo a veces uno escribe y piensa que no le lee nadie, y después tiene unas ciertas repercusiones.



Claudia Sheinbaum

By Ernesto Toboac <https://www.flickr.com/photos/201285243@N05/53946125870/>, CC BY 2.0, <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=151787294>

En ese imaginario nacionalista, México habría nacido en la época prehispánica —existía ya como un Estado nación, tal como hoy lo conocemos, en la época prehispánica—, muere con la conquista y resucita con la independencia

Así que cada vez que leo esto de 'la llamada Guerra de Independencia, en realidad una guerra civil' se me produce una extraña sonrisa porque me digo, bueno, sí, eso es lo que yo decía hace veinte años, y entonces parecía que era mi problemática y ahora ya no lo es, cosa de la cual me alegro mucho porque es un asunto realmente importante.

- **Alberto Garín.** Sí, porque además aquí enlazamos con una polémica que hemos vivido estos días, cuando la nueva presidenta de México, Claudia Sheinbaum, no ha querido invitar a su toma de posesión al rey de España, Felipe VI, porque no ha pedido perdón por los hechos de la conquista y demás. Y claro,

aquí es donde entramos en cuál fue el resultado de ese proceso conquistador, más allá de entrar al detalle de la violencia que pudieron practi-



By Murales_Rivera_-_Ausbeutung_durch_die_Spanier_1.jpg: Wolfgang Sauberderivative work: ecelan (talk) - Murales_Rivera_-_Ausbeutung_durch_die_Spanier_1.jpg, CC BY-SA 3.0, <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=10206680>

Palacio Nacional.
Mural de Diego
Rivera: Explotación
de México por los
conquistadores
españoles

car las tropas de Cortés con sus numerosos aliados. Tema muy simpático, porque tú sabes bien –y lo hemos visto en la documentación del siglo XVI– que sus aliados eran los llamados indios amigos que le acompañaron por miles en sus diferentes campañas.

Pero más allá de este hecho puntual, ahí hay una incompreensión. Al parecer porque en el mundo académico tenemos clarísimo lo que has hablado de esa guerra civil, pero no sé hasta qué punto esto se ha trasladado a la sociedad y la sociedad es consciente de que, en el caso de México y de toda Hispanoamé-

Para el político e historiador Lucas Alamán, México nace con la conquista, se desarrolla durante los tres siglos virreinales y cuando llega a la edad adulta se emancipa de la casa paterna, es decir, de España y construye una nación nueva

rica, los llamados procesos de independencia son auténticas guerras civiles.

- **Tomás Pérez Vejo.** Yo creo que no se ha trasladado a la sociedad para nada. Hace poco participé en un seminario y estábamos discutiendo este asunto, y todo el mundo

parecía dar por obvio de que no había mucho que hablar con respecto a que había sido una guerra civil. Les dije, bueno, sí, pero el problema es que si nosotros salimos a la calle y le preguntamos a la primera persona que encontremos, lo que nos dirá es que fue una guerra entre mexicanos y españoles. Por lo tanto, digamos que ahí hay un problema entre dónde está la investigación y cómo esta se transmite al público en general, es decir, el conocimiento histórico que todo el mundo tiene.

Y aquí quería hacer un pequeño paréntesis con respecto a lo que decías. Hay una frase

de un historiador mexicano, O'Gorman, que es un historiador muy interesante, y él dice algo que puede parecer una *boutade* pero que no lo es. Él mantiene en algún momento de sus escritos que 'la conquista la hicieron los indios y la independencia la hicieron los españoles'. Me parece una frase que hay que tomársela muy en serio.

Pero dejando de lado este paréntesis, sí que es cierto que la historia que se sigue enseñando en los colegios, la historia que se sigue enseñando en la enseñanza primaria, en la enseñanza secundaria, que es la importante, ha cambiado muy poco en ese sentido. Porque una cosa es la historia que hacemos los historiadores y otra distinta la que se transmite a la sociedad. México es un país profundamente nacionalista y, como toda sociedad enferma de nacionalismo —y yo creo que es una sociedad enferma de nacionalismo—, está obsesionado con la historia, con un relato histórico muy definido y muy determinado, que he resumido en mi último libro, *México, la nación doliente*, diciendo que México se imagina su historia como un ciclo de nacimiento, muerte y resurrección.

Entonces, vayamos al nacimiento. En ese imaginario nacionalista, México habría nacido en la época prehispánica —existía ya como un Estado nación, tal como hoy lo conocemos, en la época prehispánica—, muere con la conquista y resucita con la independencia. ¿Eso qué significa? Que los tres siglos virreinales —y estamos hablando de tres siglos, es decir, el actual Estado nación mexicano tiene dos siglos de existencia y hablamos de tres siglos de existencia de la monarquía católica—, en ese imaginario mexicano esos tres siglos no existen porque no son México. Son una especie de agujero negro, no existen. Pero, claro, es todo muy contradictorio; no

existen, pero uno se pasea por el centro de la Ciudad de México y fundamentalmente lo que ve es una ciudad barroca virreinal, o sea, palacios, conventos, etc. Todo remite a ese mundo virreinal, por no hablar ya, digamos, de la religión, el idioma, etc. Pero, sin embargo, en el imaginario mexicano esos tres siglos no son México, y eso enlaza directamente con el conflicto diplomático actual.

En realidad, lo que están contando Claudia Sheinbaum y López Obrador es la vieja historia que se contaba a los niños en los años 50. En esa vieja historia los españoles son sanguinarios, violadores, destructores de la nación mexicana. En definitiva, los enemigos de México.

- **Alberto Garín.** Pero fíjate, me he leído algunas de tus últimas entrevistas y tú has mostrado, y creo que dejas meridianamente claro en tu última explicación de *México, la nación doliente*, lo que decías al principio de esta charla. Tú llegaste a México con ese empeño por tratar de construir esa historia de la creación de la nación mexicana. Y claro, esto puede resultar chocante si los que nos están leyendo son historiadores acostumbrados a la historia europea donde esas naciones buscan sus raíces en muchos siglos atrás. Pensemos en el caso de España y en el debate que tenemos de si España es la España de los visigodos, de si es la España de los Reyes Cató-

Si hay algo que separa radicalmente el discurso conservador del discurso liberal esto tiene que ver con 'dónde nace México y qué somos los mexicanos'. ¿Somos hijos de la civilización y de la cultura española o somos hijos de la civilización y de la cultura indígena?

licos o si es la de los Decretos de Nueva Planta de Felipe V y demás.

En el caso de México, tú nos has insistido sobre esa nación desaparecida y resucitada; pero lo curioso es que la nación resucitada, con todo, ha ido teniendo diferentes lecturas en estos dos siglos de historia. No es la misma nación resucitada la de la independencia que la del porfirato, la de la revolución o la que tenemos hoy. O sea, que a pesar de todo, han ido ajustando esa lectura de nación mexicana resucitada al contexto político de cada momento.

- **Tomás Pérez Vejo.** Sí, se ha ido ajustando; pero ahí sí que hay un dato muy interesante, Alberto. Y es que en realidad en México eso es un problema político. Es un problema político y con una enorme capacidad de polarización porque desde el primer momento hay dos relatos alternativos incompatibles sobre lo que es México: el conservador y el liberal.

El relato conservador —y digo conservador, entre comillas, porque es más complejo— es un asunto, como todo lo identitario, que no coincide siempre exactamente con la división político-ideológica. El relato conservador, que ha sido el derrotado en México —pero ha sido derrotado relativamente porque siempre ha estado de una u otra forma presente—, tiene una forma de decir lo que es México radicalmente distinta, que además empieza en el siglo XIX con Lucas Alamán. Y esta forma del relato conservador dice que México nace con la conquista.

México nace de la conquista y nosotros somos hijos de la conquista, dice Lucas Alamán, uno de los historiadores y políticos más interesantes del XIX mexicano. México nace con la conquista, se desarrolla durante los

tres siglos virreinales y cuando llega a la edad adulta se emancipa de la casa paterna, es decir, se emancipa de España y construye una nación nueva. Esto choca de manera absolutamente frontal con un relato liberal que ha permanecido —porque es verdad que ha cambiado en las distintas fases de la historia de México—, pero ha sido muy constante en esa idea de que el origen de México está en el mundo prehispánico, no en la conquista.

Yo te diría algo más. Si hay algo que separa radicalmente en México el discurso conservador del discurso liberal esto tiene que ver con ‘dónde nace México y qué somos los mexicanos’. ¿Somos hijos de la civilización y de la cultura española o somos hijos de la civilización y de la cultura indígena? Este es el gran debate

del siglo XIX que además da origen a varias guerras entre conservadores y liberales en las que se debate una cuestión que los liberales ganan.

La revolución parece zanjarlo de una forma —en principio muy sencilla— que es: ‘nosotros no somos ni hijos de los españoles ni hijos de los indios, somos una nación mestiza’. Es el gran mito del mestizaje como mito nacional mexicano, que además tiene un componente profundamente incomprensible, en cierta medida, porque lo que viene a decir es que todo mexicano es 50% español y 50% indígena. Y el que no sea un 50% español y un 50% indígena es un hijo de la chingada,

Los indígenas son los buenos y los blancos son los malos, con la ventaja en México de que los blancos siempre son los otros. Las élites mexicanas son igual de blancas que las de Soria, no tienen ninguna diferencia. Pero en su discurso, los blancos malos son los españoles

porque no es mexicano, ¿no? Es decir, ¿entonces no habría ninguna otra posibilidad?

Sin embargo, ese discurso, que sigue siendo en gran parte la base del discurso mexicano actual, se va tiñendo progresivamente de indigenismo. En un primer momento, no tanto de indigenismo como de prehispanismo; es decir, es verdad que venimos del mundo español y del mundo prehispánico, pero lo más nuestro es lo prehispánico. Dicho de una manera simbólica: son más nuestras las pirámides de Teotihuacán que las catedrales barrocas.

Esa sería la primera cuestión. Sin embargo, en los últimos años, ahí entra un nuevo actor que tiene más que ver directamente con la reciente polémica con Claudia Sheinbaum y no tanto con López Obrador —que viene mucho más del del viejo discurso del PRI del mestizaje—, y que también tiene más que ver con el desarrollo de la cultura de la cancelación, con las teorías indigenistas, etcétera. Y en ese momento, los indígenas son los buenos y los blancos son los malos, con la ventaja en México de que los blancos siempre son los otros. Los blancos son los españoles, ¿no? Es decir, las élites mexicanas son igual de blancas que las de Soria, en España, o sea, no tienen ninguna diferencia. Pero en su discurso, los blancos malos son los blancos españoles.

- **Alberto Garín.** Es curioso, porque sabemos bien, cuando se estudia la historia virreinal

Un criollo de la élite novohispana del siglo XVIII era infinitamente más rico que un aristócrata de Madrid. Cualquiera de los títulos nobiliarios de la Nueva España del siglo XVIII era más rico que los duques de Alba

de México, que ese orgullo del mundo prehispánico ya existió en esa época. Estaba recordando ahora un librito de Leona Irving sobre la sociedad del México barroco donde contaba cómo, ya en el siglo XVII, cuando se hacían desfiles se podían sacar por igual tanto símbolos de los reyes españoles como de los reyes aztecas. Y permíteme el término azteca, que ya sé que no siempre es correcto. O sea, digamos que esa conciencia prehispánica existió. Lo que pasa es que, claro, como tú estás explicando, el problema surge cuando eso se convierte en una herramienta política ya con la independencia.

- **Tomás Pérez Vejo.** Sí, claro. Hay un relato de los criollos novohispanos, que es un relato muy interesante, porque en realidad los criollos novohispanos lo que plantean desde el principio es que la Nueva España nunca había sido conquistada. Es decir, que lo que había ocurrido es un pacto de transmisión de soberanía entre el monarca mexicano —el monarca azteca, si se quiere, para utilizar un término más habitual— y el monarca español. Y eso lleva a esa reivindicación del mundo mesoamericano. En realidad, no de todo el mundo mesoamericano sino del mundo mesoamericano del altiplano, porque en esos momentos todo el mundo ignora, por ejemplo, el mundo maya. Y eso lleva a que ese mundo acabe siendo reivindicado como parte fundamental de la nacionalidad mexicana.

El caso del mundo barroco también es muy interesante, porque es verdad que en algunas de las entradas de los virreyes lo que se hace es poner arcos triunfales en los cuales aparecen representados dioses de la antigüedad clásica junto con reyes del mundo prehispánico. Ese es, digamos, un ejemplo lla-



mativo. Ahora, esa especie de reivindicación “patriótica” (entre comillas) de ese pasado como parte de la ciudad, como parte de su origen, por parte de las élites criollas novohispanas es muy peculiar, porque también se están reivindicando continuamente como descendientes de los conquistadores. Es decir, es con-

tinuo también el argumento de ‘nosotros fuimos quien realmente conquistamos estas tierras para los reyes de Castilla’. Entonces, digamos que conviven esa especie de dos herencias, esa doble herencia, pero con una clara reivindicación de su origen nacional entendido como origen étnico, vinculado al mundo hispánico.

El llamado imperio azteca ocupaba poco más del valle de México; una parte mínima del actual México. Sin embargo, los niños aprenden en la escuela que las fronteras del Imperio de Moctezuma eran las del México actual, y que todos son descendientes de Cuauhtémoc

Quiero hacer una aclaración aquí de algo que a veces desde España se ignora. Las élites criollas novohispanas eran infinitamente más ricas y poderosas que las élites castellanas. Un criollo de la élite novohispana del siglo XVIII era infinitamente más rico que un aristócrata de Madrid. Cualquiera de los títulos nobiliarios de la Nueva España del siglo XVIII era más rico que los duques de Alba, por poner un ejemplo.

- **Alberto Garín.** Sí, este es un aspecto muy interesante que se nos olvida. En realidad, la cantidad de población que llega con la conquista es muy limitada. La cantidad de españoles que van a llegar a lo largo de los tres siglos del virreinato sigue siendo limitada, aunque ya es más importante, pero sí es una afluencia constante. Esto está muy bien documentado en el Archivo de Indias. Es una afluencia de gente que se marchó y que, más allá de que pudieran enviar una cierta cantidad de dinero a su pueblo, porque les hacía ilusión financiar, por ejemplo, el Cristo de Yanguas. Y estoy pensando en Yanguas, en Soria, porque es un caso muy simpático. Hay yangüeses que se instalan en México, hay yangüeses en el virreinato del Perú, y siempre hay algún yangüés que se acuerda del Cristo de su pueblo y que manda un poquito de plata para el Cristo.

Pero, como tú dices, en efecto, una vez que se marchaban a América, se quedaban en América, vivían en América y hacían su vida en América, porque las condiciones materiales de la América del siglo XVII, comparadas con las condiciones materiales de la península ibérica en esos años, eran tan ventajosas para lo americano que se entiende el porqué de ese empeño por marchar y no regresar.

En cualquier caso, retomando una idea que acabas de lanzar, que es muy interesante incluso para el debate de esta polémica diplomática que tenemos en el inicio de la presidenta Claudia Sheinbaum, has hablado del mundo indígena, digamos, entre comillas, de tradición azteca (para los que no sean especialistas en la materia, el término correcto sería mexica, pero es el menos popular). Y como has dicho, en efecto, hay un mundo mexicano indígena cuyo

origen histórico estaría en la cultura maya: en esencia, la parte de Yucatán hacia Chiapas, pegada a la frontera con Guatemala, que ha pervivido hasta la actualidad. Recordemos que el último gran movimiento guerrillero mexicano fue el de los zapatistas, en la selva Lacandona, precisamente porque ese México mestizo y cada vez más indigenista resulta que tenía unos indios a los que trataban peor que al resto, que son estos lacandonos y el resto de comunidades del área de Chiapas. Y este es un problema que está presente hasta hoy. Por ejemplo, el famoso tren maya que se ha querido construir en el Yucatán ha traído grandes polémicas con las comunidades de las gentes que viven en estos territorios de tradición maya, y el Gobierno de México, que hoy se pone orgulloso de su pasado indígena y su rechazo al mundo hispano, no tiene problema en abofetear a continuación a otra parte de los indígenas que no son tan famosos. Porque, claro, cuando se piensa en el mundo maya uno no se sitúa inmediatamente en una zona de México, más allá de que México tiene una gran cantidad de sitios arqueológicos mayas notabilísimos.

- **Tomás Pérez Vejo.** Sí, este es justamente un asunto que trato y desarrollo con mucha más amplitud de lo que puedo hacer aquí en mi libro *México, la nación doliente*. Y es que, claro, cuando se habla de la reivindicación del mundo prehispánico, en realidad es única-

Lo maya resulta conflictivo porque es un mundo que no se corresponde con las fronteras mexicanas. Y en este relato de nación, en el cual las naciones son eternas, eso de que una civilización esté a medias entre dos Estados nación resulta problemático

mente una reivindicación del mundo mexicano o el mundo azteca (podemos utilizar cualquiera de los dos términos). Es curioso cómo en el siglo XIX hay una ignorancia absoluta del mundo maya, primeramente documental. Así, se desconoce prácticamente todo de la civilización maya mientras sí se conoce —no mucho, pero sí bastante— el mundo mexicano. Recordemos hasta qué punto México es heredero del mundo mexicano que el nombre entero de nación es el de uno de los grupos que podemos llamar del imperio azteca.

Hay una cosa muy llamativa que pocos mexicanos —y desde luego casi ningún extranjero, incluidos los españoles— saben, es que ese llamado imperio azteca ocupaba en realidad poco más o menos lo que es el valle de México; o sea, ocupaba una parte mínima de lo que es el actual México. Sin embargo, lo que los niños mexicanos aprenden en la escuela es que las fronteras del imperio de Moctezuma eran las fronteras del México actual, y que todos son descendientes de Cuauhtémoc, es decir, también los de Baja California y los de Yucatán. Y eso no deja de ser una cosa muy llamativa porque significa ignorar la historia, la cultura y el pasado de todas las comunidades existentes en el momento de la llegada de los castellanos a lo que después sería la Nueva España y posteriormente México.

Si hay algo difícil de aceptar, incluso para historiadores profesionales, no es que la Guerra de Independencia mexicana fuera una guerra civil, sino cuando dices que el Estado nación español como Estado moderno nace con lo mismo que los americanos, la disgregación de la monarquía católica

El problema de lo maya resulta conflictivo porque es un mundo que no se corresponde con las fronteras mexicanas. Hay mayas y ruinas mayas en el lado mexicano, pero hay ruinas mayas también en el lado guatemalteco. Y en este relato de nación, en el cual las naciones son eternas, existen desde el origen de los tiempos, eso de que una civilización como la maya esté a medias entre dos Estados nación resulta extremadamente problemático.

- **Alberto Garín.** Pero vayamos más lejos; hay mayas en el lado mexicano, en el lado guatemalteco, en el lado beliceño y en el lado hondureño. Estos malvados nacionalistas del siglo XIX no pusieron la frontera en el lugar correcto para haberla ajustado con las culturas prehispánicas. Por eso es importante esto que acabas de explicar, sobre cómo se produce la construcción de esa historia nacional. Y de nuevo insisto en el punto con que arrancabas tu charla, cuando viajabas a México hace ya bastantes años para estudiar la construcción de la nación mexicana.

Es importante insistir en que han creado una nación mexicana sobre fronteras que son fácilmente reconocibles como falsas; o sea, el Imperio de Moctezuma, en efecto, no llegaba hasta Tapachula en la frontera con Guatemala, sino que se detenía mucho antes. Es algo que materialmente se puede constatar. Esto no es un debate entre dos académicos sesudos que se arrojan documentos imposibles de leer, sino que la propia realidad material y cultural de las personas que te vas encontrando cuando viajas por México, este maravilloso país, te enseña que la cosa no funciona como te la han explicado en el colegio. Y sin embargo, con una facilidad absoluta, la política puede tergiversar

una información que es fácilmente demostrable como falsa.

- **Tomás Pérez Vejo.** Sí, claro, pero ¿cuál es el origen real del Estado mexicano, del Estado nación mexicano contemporáneo? El origen real es una división administrativa de la monarquía católica con ajustes posteriores, porque uno de los problemas de ese nuevo Estado es que no fue capaz de mantener las fronteras del antiguo virreinato. Ahí reside uno de los traumas mexicanos, que es la pérdida de los territorios del norte, desde Texas hasta California, lo que supone aproximadamente casi la mitad del territorio. Aunque hay otro trauma del cual no se habla, que es el desgaje de la capitánía general de Guatemala del virreinato. Ese es el antecedente real del Estado nación mexicano.

Pero lo que ocurre es que una nación necesita un mito fundacional, y una división administrativa no sirve como mito fundacional. De hecho, el primer problema que se plantea en México es qué nombre darle a la nueva nación. Era obvio que no se podía llamar Nueva España. Obvio que no. La nueva nación no se podía llamar Nueva España porque era casi como una especie de contradicción. Entonces, este tema es muy curioso, porque los primeros documentos de los insurgentes hablan de la América septentrional, lo cual es un término absolutamente

Hay que matizar ese mito de que hubo un enfrentamiento entre peninsulares y criollos. Cuando uno ve los documentos del mundo virreinal raramente se habla de criollos, sino de españoles europeos y de españoles americanos, tan españoles los unos como los otros

impreciso, pues comprendería todos los territorios del norte de la monarquía católica.

Servando Teresa de Mier, que es un personaje muy interesante –porque, volviendo a lo que hablábamos antes, se pasa el tiempo despotricando de los gachupines y de los malvados que son, pero cada vez que tiene ocasión reivindica ser descendiente de hidalgos montañeses, y entonces no se sabe muy bien dónde ubicarle– decide que el nombre apropiado sería Anáhuac, un término también prehispánico. Aunque finalmente se impone el término México, que tiene dos ventajas. Primera, se corresponde con la ciudad capital del país. Y ya sabemos que las ciudades en Hispanoamérica son muy importantes a la hora de construir las naciones porque marcan y delimitan un territorio. Y segunda, remite a esa idea de un mundo anterior a la llegada de los españoles.

Estas serían un poco las claves de esa idea de remontarse a un pasado mítico. No obstante, efectivamente, tienes toda la razón. No nos podemos dedicar a arrojarnos documentos a la cabeza, pues las fronteras del México actual no tienen nada que ver con el mundo mexicana.

- **Alberto Garín.** Fíjate que estabas comentando lo del nombre, y antes citabas a O'Gorman, que lo conocemos muchísimo de la conquista de los indios y de la independencia de los españoles. Se me ocurre una *boutade*: ¿qué habría ocurrido si las Cortes de Cádiz hubieran decidido cambiar el nombre a nuestro país? Imagínate que las Cortes de Cádiz deciden que nuestro país se va a llamar Iberia a partir de ese momento. Y que luego se produce toda la segregación del mundo hispanoamericano y que hoy existieran un montón de repúblicas cada

cual con su nombre en Hispanoamérica –México, Guatemala, El Salvador, Panamá, Argentina, etc.–, mientras que en Europa hubiera quedado otro que se llamara Iberia, y por tanto que el nombre de España se hubiera perdido.

¿Te imaginas el trauma que supondría para las reivindicaciones de toda esta gente que de repente hubiera desaparecido del mapa institucional el nombre de España y no hubieran podido señalar a nadie con este término diciendo ‘esos son los españoles’? Porque, claro, aquí lo curioso es que de un territorio en el que todos eran españoles, cuando comienza el proceso de independencia, en menos de dos décadas, la mayor parte, el 90% del territorio, se separa, y el término queda solamente para un 10%, que es el que está en la península ibérica. Pero, a modo de *boutade*, ¿qué habría ocurrido si se hubiera cambiado el nombre? Imagínate qué disgusto le habríamos dado a todos los nacionalistas.

La Constitución de Cádiz no es la primera Constitución española, es la última de la monarquía católica. Esto les genera una contradicción, porque el grupo más numeroso de diputados que la firma proviene de la Nueva España

- **Tomás Pérez Vejo.** Yo no sé qué habría ocurrido, pero sí te puedo decir una cosa que me ha llamado siempre mucho la atención. Si hay algo que resulta difícil de aceptar, incluso para historiadores profesionales, no es cuando les dices que la Guerra de Independencia mexicana fue una guerra civil, que eso más o menos lo tienen asumido, sino cuando les dices que, en realidad, el Estado nación español como Estado moderno nace con lo mismo que los americanos. Esto les crea un conflicto de enorme incomodidad, porque si nace con

lo mismo, si es fruto de la disgregación de esa monarquía católica, entonces ‘¿contra quién hicimos la independencia?’, ‘¿quiénes son esos malvados que estaban ahí?’. Y todavía les genera más problemas cuando uno añade que hay que matizar ese mito de que hubo un enfrentamiento entre peninsulares y criollos, entre otras cosas porque cuando uno ve los documentos del mundo virreinal raramente se habla de criollos. En estos documentos se habla de españoles europeos y de españoles americanos, tan españoles los unos como los otros. Entonces esto les resulta enormemente conflictivo. Por lo tanto, ya digo, lo que planteas es una *boutade* y una especie de historia sobre qué hubiese pasado si..., pero en cierta medida ya ha pasado.

El mismo problema les genera el argumento –que yo he utilizado muchas veces– de que la Constitución de Cádiz no es la primera Constitución española, es la última Constitución de la monarquía católica. Esto les genera una contradicción... ¿por qué? Porque las historias constitucionales de México no empiezan con la Constitución de Cádiz, que para ellos es una Constitución extranjera. Claro, la cuestión que les planteas es, bueno, es una Constitución extranjera en la cual, entre los diputados que la firman, el grupo más numeroso es el de los provenientes de la Nueva España. O sea, es tan extranjera como eso.

- **Alberto Garin.** Sí, porque además es algo que, en esta cantidad de elementos que hay en el debate sobre qué queda y qué no queda de España, México y de América en general, lo que se olvida es que en las Cortes de Cádiz, en efecto, había una gran cantidad de diputados americanos que no llegaron el primer día porque tenían que cruzar el Atlántico. Incluso se da el caso de un simpatiquísimo diputado gua-

temalteco, José Cleto, que cuando logra reunir el dinero para viajar y llega a España, el proceso constitucional ya se ha acabado y está reinando ya Fernando VII, y entonces el pobre hombre llega allí con sus peticiones y descubre que ha llegado dos años tarde. Pero además de esta anécdota, se nos olvida que no solamente había diputados americanos, sino que en algunas ocasiones las sesiones las

presidía el diputado americano al que le correspondía en ese momento. Claro, imaginémosnos esa situación en el Parlamento de Londres, con los representantes de las 13 colonias que hubieran enviado sus representantes a Londres a sentarse allí; algo que, en efecto, no se hizo.

- **Tomás Pérez Vejo.** Además, aquí hay otro argumento muy interesante, que se utiliza continuamente –y que la historiografía ha utilizado– y que supongo tanto tú como yo hemos leído, y es que los diputados de los reinos y señoríos europeos eran más numerosos que los provenientes de América, lo cual en principio es cierto. Sin embargo, es un argumento en parte falaz, porque el asunto es que no había diputados españoles y diputados americanos. Lo que había eran diputados por el Principado de Asturias, diputados por el Reino de Castilla, diputados por el Principado de Cataluña, diputados por el Reino de Valencia, diputados por la Nueva España, diputados por el Perú, diputados por... etc., etc. Entonces, claro está, por eso decía que el número más numeroso de diputados que firman la Constitución, de acuerdo a cómo se agrupan ellos en ese momento, es el de los novohispanos. ¿Y esto por qué es? Pues



Fuente: Wikimedia Commons

porque no hay un apartado dedicado a los españoles, sino que por el Principado de Asturias firman fulano y mengano; por el Reino de Castilla, mengano y zutano; por el Reino de León, fulano, mengano y zutano, y por el Reino de la Nueva España, una lista que es superior a cualquiera de los otros reinos europeos.

- **Alberto Garín.** Hay otro punto que menciona muy interesante, y que se nos suele olvidar dentro de este proceso de independencia que, como bien has definido, fueron guerras civiles. Me refiero a la importancia de las ciudades. En realidad, todo el proceso de independencia está encabezado por cabildos municipales. Son los cabildos municipales los que se ponen en marcha, hasta el punto de que hay algo que se nos suele escapar en la historia, no solo de México sino de Hispanoamérica en general, y es que los países actuales son el resultado de los equilibrios o desequilibrios entre esos cabildos municipales.

Entonces, hay territorios donde el cabildo municipal más importante fue capaz de controlar el resto de cabildos, como puede ser el de México. Pero también está el ejemplo com-

Palacio Nacional.
Mural de Diego Rivera.

pletamente distinto de territorios donde el cabildo municipal no logró doblegar los cabildos secundarios, como en Centroamérica; y entonces, en lugar de aparecer un país único, aparecen media docena. Mientras hay otros donde se da una extraña situación mixta, como en la Nueva Granada, donde, de partida, cada cabildo logra tirar y convertirse en un país independiente y aparecen Colombia y Venezuela. Sin embargo, en el caso de Ecuador, Guayaquil no logra separarse de Quito, a pesar de que lo intentó empecinadamente. O hay casos como el de Argentina, donde Buenos Aires, *manu militari*, durante décadas terminó por imponerse a las llamadas provincias.

Ya digo que esto es algo que se nos olvida, porque en el concepto de la independencia de algunos, hay como unos americanos buenos que echan a los españoles. Y es muy simpático que en todo este tumulto provocado por la no invitación de Felipe VI a México, han salido unos militares venezolanos diciendo: ‘y volveremos a echar a los españoles’. Y yo pienso, pues echar, no echasteis a nadie... Ahora bien, si entendemos que la independencia fue propiciada desde los gobiernos municipales, que eran el auténtico gobierno territorial de España en América y que en muchos casos las independencias las producen las luchas dentro de los propios cabildos o de cabildo contra cabildo; pues ahí ya sí que se desmonta por completo el relato este de ‘volveremos a echar a los españoles’.

En América no se crearon capitales para las naciones existentes, sino que se crearon naciones para las capitales existentes, y aquellas capitales que tuvieron suficiente fuerza para controlar un territorio muy amplio mantuvieron el antiguo virreinato

- **Tomás Pérez Vejo.** Claro, ese es un punto que me parece central. Yo hace años escribí un libro que se publicó solo en Colombia –y como la circulación editorial en el mundo hispánico es tan complicada, seguramente solo lo conocen allí– que se titula justamente *Repúblicas urbanas en una monarquía imperial. Imágenes de ciudades y orden político en la América virreinal*. Yo ahí mantenía la tesis –que no sé si es cierta o no, pero creo que hay argumentos que se deben discutir– de que esta idea de la monarquía católica como una monarquía absolutista, con el poder real absoluto, etc., nos ha hecho olvidar que, fundamentalmente, la monarquía, en la vida cotidiana, en la vida práctica de los ciudadanos, funcionaba mucho más como una confederación de repúblicas urbanas, que además en el caso de América es muy claro, porque muchas de estas ciudades, como es el caso de la Ciudad de México, extendían su zona de influencia hacia los territorios que dependían de ella: desde el golfo de México hasta el Pacífico. Es decir, un territorio inmenso era gobernado desde la Ciudad de México.

Y eran efectivamente estas ciudades en las que residía el poder real lo que afectaba a los ciudadanos. Es decir, la vida política pasaba por ser vecino de una ciudad y no por ser súbdito del rey, que era un asunto que estaba en otro nivel. Y esto me lleva a la segunda parte que tú planteas, que también es importante y lo dejo aquí como enunciado. Yo creo que habría que plantearse que en América no se crearon capitales para las naciones existentes, sino que se crearon naciones para las capitales existentes, y aquellas capitales que tuvieron suficiente fuerza para controlar un territorio muy amplio mantuvieron el antiguo virreinato, y el caso más llamativo y más espectacular de todos es el de

la Nueva España, que a grandes rasgos se mantiene como el antiguo territorio. ¿Por qué?, porque la Ciudad de México también era una ciudad, a finales del siglo XVIII y principios del XIX, infinitamente más rica, más poderosa y más influyente que ninguna de las otras ciudades americanas.

¿Qué pasó en el caso de un virreinato como el de la Nueva Granada en que Bogotá en realidad era solo una de las muchas ciudades del virreinato y no tenía más habitantes que Quito? De hecho, cualquiera que vaya en estos momentos a ver el centro histórico de Bogotá y el de Quito, lo que dice es, bueno, la capital era Quito, no era Bogotá. Esa es la explicación de por qué no fue capaz de articular el territorio. Entonces ahí sí que hay un asunto central, y coincido contigo, que es el papel de las ciudades en la articulación de los nuevos Estados nación americanos.

- **Alberto Garín.** Acabas de decir algo muy interesante, una monarquía constituida por repúblicas urbanas. Yo sé que gustamos de ciertas categorías absolutas que, enfrentadas a la historia, no tienen más recorrido, porque parece contradictorio hablar de repúblicas si hablamos de una monarquía. Sin embargo, tú y yo hemos leído un montón de documentos de época virreinal donde se enviaban cartas desde América a la Corte en la península ibérica que decían aquello de 'esperemos que el monarca esté ejerciendo bien en el Gobierno de la República' y no tenían ningún inconveniente en dirigirse al monarca en cuestión como la cabeza de una república. Entonces, ya digo, esto viene a contradecir a aquellos que manejan categorías absolutas, en muchos casos derivadas de marcos ideológicos demasiado cerrados.

Pero bueno, para cerrar este diálogo te planteo lo siguiente. Pareciera que en el mundo académico tenemos muy claro algunas cosas que, cuando se trasladan a la política, en este caso de México o de las relaciones de México con España, quedan completamente diluidas, por no decir desconocidas. ¿Qué hace falta para que se produzca el trasvase de ciertos debates desde el mundo académico al debate social, como por ejemplo la idea de que la independencia fue una guerra civil?

- **Tomás Pérez Vejo.** Hacen falta muchas cosas, pero una previa a todas es que los historiadores asumamos que nuestra disciplina tiene una función social y que, por lo tanto, nuestra disciplina tiene una voluntad de participar en el debate público, de intervenir en el debate público y de influir en el tiempo presente. Toda historia es historia del presente. Seguramente es una *boutade*, pero en parte es cierto.

¿Por qué digo esto? (y yo soy una víctima de lo mismo y me pongo yo primero como ejemplo), pues porque los historiadores hemos tendido cada vez más, siguiendo el resto de las disciplinas científicas, a centrarnos en debates muy especializados entre nosotros, lo cual es necesario. Ahora bien, así como cuando alguien escribe de física cuántica es posible que no tenga ningún interés en que eso se traslade al debate público, al debate político, al debate cultural, los historiadores sí que tenemos que intentar que nuestros de-

Hace falta que los historiadores asumamos que nuestra disciplina tiene una función social y que, por lo tanto, tiene una voluntad de participar e intervenir en el debate público, y de influir en el tiempo presente. Toda historia es historia del presente

bates se trasladen al debate público. ¿Cómo hacerlo? Es difícil.

Y es difícil porque, entre otras cosas, y ahí también entono un *mea culpa*, a nosotros nos resulta muy difícil hacer buena divulgación histórica. Y quiero acabar con algo que me parece un ejemplo absolutamente paradigmático: los libros de historia, los libros académicos, los libros que escribimos los historiadores cada vez se venden menos. Sin embargo, si uno habla con cualquier editor, lo que te dice es que las novelas históricas, los libros de divulgación histórica son uno de los *bestsellers* de las editoriales, son una especie de cosa central. ¿Y esto qué demostraría? Pues que hay una demanda de consumo de historia por la sociedad que los historiadores no estamos satisfaciendo, y que la satisfacen otras personas –periodistas, novelistas, etcétera– que, con todos mis respetos, eso no es historia. Entonces, digamos que la cuadratura del círculo es que consiguiésemos hacer investigaciones muy sofisticadas y, además, fuésemos capaces de escribir libros de divulgación que llevaran esas investigaciones al gran público. Yo no sé si tú has conocido a alguien que sea capaz de hacerlo, yo no. Si le has conocido, preséntamelo porque me encantaría saludarle.

- **Alberto Garin.** Bueno, yo sí. Voy a romper una lanza por un historiador en concreto, un historiador medievalista, José Soto Chica. No sé si le conoces. Su especialidad son cosas tan raras como el mundo árabe, el mundo bizan-

tino, la alta Edad Media española. Creo que marca bien el camino de por dónde habría que ir. Porque además no solamente hace un montón de artículos académicos, como hacemos tú y yo, sino que escribe libros divulgativos y hasta en alguna ocasión, cuando se da cuenta de que no puede terminar de explicar ciertas realidades históricas, se sumerge en el mundo de la novela histórica. Una muy reciente es *Egilona, reina de Hispania*, que es muy interesante porque anticipa todas esas hipótesis que algunos colegas académicos le pueden rechazar en un *paper* en un congreso.

Y luego hay otro caso muy especial, porque es cierto algo que acaba de decir el doctor Pérez Vejo, la obsesión que tienen los académicos por ser hiperespecialistas en determinados temas. Y en esa hiperespecialización sucede que muchos lectores no van a sentirse realmente atraídos por el texto porque, de nuevo, es demasiado especializado. Por eso, cuando tenemos la ocasión de encontrarnos con un historiador que es capaz de abrir el foco y es capaz de moverse entre diferentes periodos históricos con la misma soltura, o es capaz de moverse entre diferentes espacios geográficos, incluso alejados geográficamente de forma amplia, ese historiador merece la pena trabajarle y estudiarle. Y si tenemos un ejemplo destacado de un historiador que ha sido capaz de romper ese marco hiperespecializado y que es capaz de moverse en hábitos históricos y geográficos muy amplios, este es Tomás Pérez Vejo. Así que, aprovechen ustedes, y lo mejor que puede ocurrir después de leer esta entrevista es que vayan a buscar sus libros, porque les aseguro que los van a disfrutar mucho.

- **Tomás Pérez Vejo.** Muchas gracias Alberto. ■

PALABRAS CLAVE

- Historia ● España ● América ● México ● Nacionalismo
- Estado nación ● Monarquía ● Conquista ● Mestizaje
- Independencia ● Criollos ● Indios ● Prehispánico ● Mexica
- Azteca ● Maya ● Virreinato ● Claudia Sheinbaum